



María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer

“Estudio introductorio”

p. 11-22

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio introductorio

11

Este volumen, el último de la serie dedicada a la obra de Juan A. Ortega y Medina, que lleva por título *Temas y problemas de historia*, está compuesto por una excerpta crítica con una temática muy variada, mucha de la cual fue hecha por encargo. Se presentan aquí ensayos, artículos, estudios introductorios, prólogos, ponencias, reseñas sobre libros de diferentes autores, capítulos en obras colectivas y presentaciones, todo lo que es, en suma, el objeto del quehacer de un historiador inmerso en su ámbito de trabajo. Los textos se presentan en orden progresivo de acuerdo con los años en que fueron producidos. Algunos guardan conexión entre sí, como es el caso de los que se dedican al teatro, a la Leyenda Negra antihispánica o al análisis del pensamiento de intelectuales célebres. La línea que conecta todos ellos es la propia interpretación que Ortega y Medina tuvo acerca del oficio del historiador y de la forma de cultivar la ciencia histórica. En estos estudios encontramos la preocupación de Ortega y Medina sobre temas como el antihispanismo o la hispanofobia de la leyenda negra y su contraparte, la defensa de los valores ibéricos; el pensamiento de Bartolomé de Las Casas y su enorme repercusión en la historia universal; la rivalidad anglosajona e hispánica; la concepción del indígena americano; las raíces protestantes del liberalismo; el mestizaje biológico y cultural, así como el transtierro español tras la guerra Civil Española (1936-1939), entre otros.

La importancia de Ortega y Medina como historiógrafo es innegable. El cultivo de esta disciplina fue una de las vetas más ricas y más visibles en su producción. Por ello, para facilitar la lectura de los trabajos contenidos en este volumen, consideramos que es oportuno dar a conocer cuál fue la idea de la historia que manejó este notable historiógrafo andaluz, cuáles fueron sus lineamientos, cuál su filosofía de la vida y cuál su metodología.

Ciencia, pasado y vida

Ortega y Medina consideró que la Historia era “la ciencia de la evolución única del hombre en sus actividades como un ser social”. La tesis no es totalmente suya; fue formulada por el historiador alemán E. Bernheim en su *Tratado del método histórico y de la filosofía de la historia* (Tubinga, 1928), y podemos afirmar que, al penetrar en los estudios de Ortega y Medina, el lector se da cuenta de que dicha definición no es tomada por nuestro autor de forma absoluta. Otras directrices, más amplias y enriquecedoras, complementan este planteamiento. Ortega añadió a la definición inicial que la Historia era “explicación y comprensión de todos los posibles factores reales e ideales” del acontecer humano. Concuera con Kant en cuanto a que la historia es una de las cosas que no puede ser enseñada en el mismo sentido en que se puede enseñar la física o la geografía. A pesar de que en su interpretación incluyó la palabra ciencia, poquísimas veces Ortega recurre a esta expresión. Más que “ciencia del acontecer”, como la llamaba Humboldt, él prefirió llamarla “narración de lo que ha acontecido”, pero a esto agregaba algo importante, apegándose más a Hegel que al científico historiador germano, y era descubrir qué pensaron las gentes que actuaron en tales o cuales hechos, “porque en definitiva –concluía– los hechos históricos no pueden ni deben ser entendidos como puro acontecer”. La historia, en suma, hace referencia a lo fenoménico, a lo cambiante, a lo aparential y transitorio.

Ortega y Medina rechazó el principio aristotélico de que no hay ciencia más que de lo general y tampoco coincidió con las fórmulas de los teóricos científicas; siguió, en cambio, el camino trazado por el historicismo, y consideró a la historia, a manera de Dilthey y de quienes lo siguieron, como una “ciencia del espíritu”, distinta en objetivo, metodología y práctica de las ciencias físicas o naturales. Él se inclinaba por esta corriente, entre otras cosas, porque defendía posturas relativistas que estaban lejos de producir una verdad

axiológica deductible que llevaba a una valoración históricamente errónea. Creía que esta “ciencia del espíritu” seguía un orden, una organización, y el fin era entender el desenvolvimiento humano tomando en cuenta factores y circunstancias históricas. Concretamente llamó a su disciplina una “ciencia idiográfica”, interesada en conocer al hombre, meditando en lo que éste hizo ayer y lo que sigue haciendo hasta el día de hoy.

La orientación final de la ciencia histórica es, pues, concretamente, el hombre, el individuo, masa corpórea con sentidos, apetitos, sentimientos, pasiones. En él se encuentra, para Ortega y Medina, la comprensión totalitaria del proceso histórico. La vida humana cambia; el hombre y todo lo que hace está sumergido en la historia y, por lo tanto, lleva la temporalidad en las entrañas. Como la historia es el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios y variaciones. Para Ortega y Medina, “la historia es flujo”; es también “un subibaja de pasiones, intereses e influencias” que “da paso a lo imprevisible”. Así, coincidía con Edmundo O’Gorman en que “el objetivo del historiador es sólo uno y esencial: comprender a los hombres sin intentar enjuiciarlos y aún menos regañarlos”. Repetidas veces insiste en que no hay en historia determinismos metafísicos o fatalistas, ninguna fuerza ciega. Es el hombre quien decide tomar un camino que implica la elección de una o más posibilidades. “La historia la hacen los hombres –agrega–, la viven, la padecen o la gozan; pero siempre son ellos los que deciden la dirección que se ha de tomar, aunque a veces la determinen a redropelo”. Este aspecto humano es la característica principal de la ciencia histórica, lo cual aclara el porqué no se puede obtener ningún conocimiento absoluto de los hechos humanos mediante sistemas cuantitativos, pues lo humano es fundamentalmente cualitativo. Esto explica también la razón del interés de Ortega y Medina por penetrar en la intimidad de los autores que estudió con profundidad y talento, como lo fueron Colón, Las Casas, Lutero, Ranke, los hermanos Humboldt, Winckelmann y otros. Analizar con profundidad y dedicación el plano vital de las figuras históricas (vida y obra) era para este investigador la manera de sondear en el pasado con instrumentos adecuados. De acuerdo con el filósofo José Gaos, de quien hizo una magnífica reseña biográfica, contenida en este tomo, para quien la única Historia posible era la Historia de la historia de los hombres y la Historia de la historia de su mundo, Ortega y Medina consideraba que hombre y mundo constituían el objetivo actual de la

historiografía; más una mundanidad y una humanidad concretas, temporales. Él pugnaba por adentrarse en el aspecto que todo historiador debe tomar en cuenta, además de la circunstancia histórica del personaje, a saber, su interés político, su religiosidad, su perspectiva, su visión del mundo. Integración y renovación, de eso se trataba para él la disciplina histórica.

Para Ortega y Medina, el pasado es lo que nos constituye y nos proporciona existencia y conciencia históricas. En otro punto, el que se refiere a la importancia del pasado en nuestro propio presente, es muy clara la influencia en él de los historicistas, sobre todo de la línea Gaos-O’Gorman, como queda bien señalado en el presente volumen. Ello le permitió entender que la historia del día de hoy estuvo y está aún condicionada por un pasado conformativo. Esa cadena causal retrospectiva que el historiador va engarzando cobra de pronto significado vital para su propia existencia. Se da cuenta entonces de la necesidad de enlazar el pasado con el presente para entender la realidad, su realidad, más específicamente, o bien un fragmento de la misma, si recordamos que no es posible aprehender la totalidad de la experiencia histórica y llegar a una verdad absoluta del conocimiento humanístico. Hay hechos que condicionan cambios a largo plazo y después de siglos aún se manifiestan sus repercusiones. Otros sucesos parecen efímeros y fugaces, pero pueden ser igualmente formativos, hállese del caso de un individuo, de una nación o de un continente entero.

Éstos son el contenido y el sentido de la historia para Juan A. Ortega y Medina. Él intuyó la necesidad de buscar en el pasado las raíces del auténtico modo de ser que nos distingue –como mexicanos en nuestro caso– de los demás pueblos y naciones. Para él, la historia es un medio de autoconocimiento y de enriquecimiento espiritual. Con ello se acerca mucho a la definición que da Johan Huizinga de la Historia cuando dice que ésta “es la interpretación del sentido que el pasado tiene para nosotros”.¹ Según lo expresa Ortega y Medina, “tener conciencia de ese pasado es saberse parte de lo que nos ha constituido, recta u oblicuamente, a lo largo del tiempo; es percibir, asimismo, los elementos constitutivos de nuestra historicidad”.²

1 Johan Huizinga, *El concepto de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 59.

2 Por historicidad, Ortega y Medina entiende el modo de ser del mundo histórico o de una realidad histórica cualquiera, o simplemente la existencia de hechos en el pasado.

Siguiendo a Ramón Iglesia, nuestro maestro insistió en que el pasado no es algo muerto, no es algo de lo que podamos fácilmente desprendernos. Éste gravita sobre nosotros y por lo mismo nos forma y conforma. Intentar rechazarlo es imposible y absurdo, mientras que asumirlo es lo más adecuado y correcto. Abolir el pasado es peligroso pues con ello abrogamos nuestro propio ser histórico, “maniobra imposible porque únicamente somos en función de lo que fuimos”. Tanto los individuos como los pueblos no pueden prescindir de su experiencia histórica pues ésta es la única base segura para conocer el presente y el porvenir. Lo importante para Ortega y Medina era tomar en cuenta que la historia, como el lenguaje, es patrimonio de todos, pues a través de ella se expresan los valores más esenciales de un pueblo y se manifiesta su idiosincrasia. Propuso que las obras historiográficas llegaran a las capas medias, al lector común o profano que no es profesional pero que necesita el espejo de la historia para reconocerse. El maestro enseñaba que el pasado no es accidental, sino sustancial, y afirmaba que éste “como cosa nuestra, es decir, como cosa viva que es, siempre forma parte de nuestro presente y sostiene, por lo mismo, nuestra vida”. La gran conclusión de Ortega en este punto descansa en que “toda valoración no es, en última instancia, sino resultado de las tendencias manifiestas o latentes de una época y asimismo un decantado fluido de nuestra propia corriente histórica tradicional [...] toda obra histórica, así como todo comentario histórico-crítico surgen siempre del curso de la historia, es decir, de la vida”.

La formación del historiador

En la obra de Ortega y Medina, como se podrá apreciar en este tomo, se refleja una síntesis de las fórmulas de conocimiento histórico-filosófico europeo que se enriquece con la circunstancia y el pensamiento mexicanos. Él mismo se definió como “un historiador español formado en el exilio”. Es decir, nuestro autor también se asumía como hispanoamericano, igualmente aceptando como suya la realidad mexicana. Ortega y Medina fue un gran estudioso y profundo conocedor de la historiografía mexicana. A pesar de ello, el historiador andaluz criticó repetidas veces el carácter excesivamente regionalista de la historiografía mexicana, preocupada, casi exclusivamente, en los temas históricos nacionales. “Habituada como lo está nuestra historiografía –aseguraba nuestro autor– a contemplarse a sí misma a la manera como lo hace el

dios aristotélico (el motor inmóvil), preocupado exclusivamente consigo mismo, ha dado la espalda a los temas históricos que no son estrictamente nacionales y se ha negado voluntariamente a mirar más allá de sus fronteras intelectuales para averiguar qué es en verdad lo que ha sucedido y sigue sucediendo fuera de los límites alegre e irresponsablemente trazados”. A su juicio, era fundamental que los investigadores mexicanos se acercaran a la historia de aquellos países más inmediatamente relacionados con su pasado. En su opinión, faltaban en México especialistas dedicados al estudio de Europa y de Estados Unidos de Norteamérica que buscaran puentes comunes entre nuestro país y el resto, y aconsejaba “sentir como necesario el conocimiento de los otros para poder saber más de nosotros mismos”. Ortega y Medina fue un historiador profundamente interesado en comprender la experiencia histórica de los Estados Unidos de Norteamérica, de allí los muchos trabajos que formuló sobre la historiografía anglosajona.

Nuestro historiador transfirió abogó por un conocimiento “universal” de la historia, o mejor sería interpretarlo como “mundial”, únicamente posible a través de una formación erudita. Como gran especialista de textos alemanes, tuvo acceso a los postulados de los famosos teóricos de la historia que, a su vez, le sirvieron para construir sus propios conceptos. Así dio a conocer parte importante de la teoría científica de la historia mediante obras que él tradujo al español (Ranke, Humboldt, Schiller, Winckelmann). Esta tarea repercutió en su propia actividad humanística, pues en ella se nota una gran influencia de caracteres decimonónicos, sobre todo en el campo de la definición de la ciencia histórica y de la metodología.

Para Ortega y Medina, el historiador primeramente debía tener un interés por el descubrimiento sobre los hechos pasados. Debía también contar con una sensibilidad frente a los pasos que se necesitaba seguir ante los fenómenos históricos. Finalmente, el especialista, mientras más posibilidades tuviera de acercarse a los conocimientos de todos los campos, más facultades tendría de obtener frutos de su investigación. Mientras más leyera de literatura, de filosofía, de retórica, de cultura, se le iría ampliando el campo y, así, contaría con más elementos para interpretar los hechos históricos. Él opinaba que “se exige del nuevo tipo de historiador no solamente sapiencia y erudición, pues esto es sólo el comienzo, sino especialmente simpatía y comprensión sin los cuales la historia se convierte en mera arqueología”. Ortega insistió en la importancia de auxiliarse de otras disciplinas, por ejemplo, de la filosofía,

cuyas categorías ejercían, según él, una influencia favorable para replantear y analizar un fenómeno histórico. Nuestro autor fue también un profundo conocedor de la literatura universal e insertaba con frecuencia en sus libros ciertos pasajes poéticos o prosísticos para ampliar o enriquecer sus ideas. Para él, había una íntima conexión entre ambas disciplinas: la historia y la literatura. El historiador tiene menos acceso que el poeta al mundo de las ideas, y este último puede penetrar mejor en la esencia del hombre. “El trabajo del poeta no es hablar de lo que ha sucedido, sino más bien de lo que hubiera podido suceder; de las cosas posibles conforme a la verosimilitud y a la necesidad únicamente”. “El arte poético –y en esto Ortega toma la idea de Aristóteles– se refiere a lo paradigmático. El objeto del arte es la representación del arquetipo, de la idea platónica; su valor es, por consiguiente, eterno. La historia no puede intuir ideas, no llega jamás a lo paradigmático, se queda por tanto en un mero recopilar de documentos, en un simple saber”. Para nuestro mentor, mientras la historia habla de lo pormenorizado y particular, la poesía toca lo general y esencial. Él se valió en múltiples ocasiones del análisis de obras literarias creyendo que “todos los más diversos y dispares materiales históricos, así los más encopetados como los más humildes e insólitos, sirven de vías de acceso para aproximarnos y descubrirnos el ser del hecho histórico”. En suma, en la literatura, en prosa, poesía y teatro, hay mensajes históricos aderezados entre simbolismos y alegorías. El volumen que ahora presentamos a la consideración del amable lector incluye importantes trabajos del historiador malagueño sobre la perspectiva de la historia en la literatura y el teatro.

La metodología del historiador

Para la actividad historiográfica, revisión que se centra (o se limita) al examen de los materiales históricos, Ortega y Medina recomendaba seguir una serie de pasos con rigor y organización. Primero se debía extraer el contenido y significado del texto a estudiar y situarlo en las circunstancias de su tiempo para ver posteriormente el fondo histórico que le era propio. Segundo, había que resaltar su novedad u originalidad e informar la procedencia temática y, finalmente, el investigador debía conocer a su personaje a través de datos biográficos que lo hicieran próximo y asequible. Esto último se refleja en las breves, aunque cuidadosas biografías que Ortega hizo de Alfonso Reyes, de Ramón Iglesia, de los transterrados españoles en México, así como también

en los espléndidos estudios introductorios a Alejandro de Humboldt, a William H. Prescott y a J. J. Winckelmann.

Ortega y Medina aconsejaba analizar el mayor número posible de factores determinantes en un proceso histórico. Para él, el método analógico (comparativo), “que es ingenioso y hasta útil”, pero que casi siempre resulta falso, es antihistoricista, pues cualquier hecho histórico está en función de su necesaria y dialéctica cadena causal y espacio temporal. Ortega sostuvo la necesidad de tomar en cuenta el contraste, el claroscuro, el juego de luz y sombra que caracteriza a las épocas históricas aun, por ejemplo, a la Edad Media, “tan movediza de suyo”, que fue erróneamente estereotipada y calificada como oscurantista y estática por los críticos del siglo XVIII. Por su filiación historicista, Ortega y Medina estaba convencido de que la dialéctica era la mejor vía para la comprensión de un problema histórico.³ Desechó la contradicción escolástica que excluía términos opuestos y prefirió una interpretación de la historia en donde dos o más posibilidades irreductibles y polarizantes pudieran ser subsumidas. La síntesis supera las dos concepciones parciales que la lógica tradicional había considerado estáticas. Los valores de la lógica tradicional –nos dice– (premisa mayor, menor y ergo) sólo pueden tener vigencia en tanto que se les considere debidamente comprometidas a una lógica más general y amplia como es la dialéctica; es decir, a una lógica que subordina a ella todas las anteriores.

Nuestro autor señalaba también que era preciso tener una visión de conjunto, no casos aislados ni polarizados, de los hechos concernientes a la cuestión que se examina, sin una sola excepción. Sólo así –pensaba– podía considerarse auténtica una investigación. Igualmente, se manifestó siempre contra la técnica de postular un determinismo simple en vez de aceptar uno más complejo y abarcante. En muchas de las reseñas aquí reunidas, Ortega y Medina hace duras y bien fundadas críticas a autores que no eran meticulosos ni manejaban con rigor la metodología histórica, o que sólo llevaban a cabo un monólogo documental, al tener la errónea idea de considerar que los documentos hablaban por sí mismos. En esa misma vena combativa que vemos en nuestro autor descubrimos igualmente su fina ironía.

3 Un concepto o tesis implica necesariamente algo opuesto, contrario o contradictorio (antítesis), y esta escisión de la realidad requiere por fuerza una síntesis que anule sin destruirlas las dos primeras. La síntesis es un nuevo concepto o una nueva realidad; es, en suma, un nuevo enriquecimiento dinámico y progresivo pleno de contenido.

Parte del rigor de la metodología historicista es apearse a la premisa de que no se puede exigirle a los hombres del pasado llegar a una comprensión que no estaba al alcance de su tiempo. El investigador andaluz insistió en la necesidad de tomar en consideración los dos elementos que José Ortega y Gasset había propuesto como condición esencial para el conocimiento de la vida histórica, a saber, la circunstancia y la perspectiva. La primera es el plano donde juegan el espacio y el tiempo; la segunda aquello que cada individuo piensa de su situación en el mundo.

¿Qué es a lo que debe aspirar, entonces, el historiador? Éste debe abarcar los sectores vitales y culturales de los hombres y de su mundo tratando de ceñirse a una época o periodo concretos, o empezando con una etapa determinada y especializarse en ella. El historiador se ocupa de estudiar lo que fue y ya no es, y las verdades que la historia maneja están condicionadas por las circunstancias históricas que le han dado origen, y por el punto de vista del propio historiador. Afirmar la validez de la verdad absoluta, suprema o definitiva niega la historia que es relativización, condicionamiento. Por eso el investigador debe dedicarse humilde y resignadamente a perseguir las sucesivas y limitadas verdades, mismas que se dan en un momento histórico determinado. Nuevos descubrimientos o nuevas situaciones humanas acarrearán inmediatamente nuevos problemas. La doctrina que era verdadera cederá su puesto a otra que sea capaz de dar razón tanto de las situaciones recientes como de las viejas. El investigador especializado no puede eliminar todo juicio de valor en la ciencia histórica. Entre objeto y sujeto históricos, entre hecho e historiador, la interdependencia es lo medularmente constitutivo. Todas las versiones particulares de un historiador son ciertas aunque reflejen la subjetividad íntima del estudioso que sopesa e interpreta una realidad. La valoración ya está contenida, incluso, en los hechos mismos que describen las fuentes.

En otras palabras, “la historia no puede sustraerse al ambiente, a las circunstancias y a los valores filosóficos de quien la escribe”. Para Ortega y Medina, la fuente documental, por sí misma, inclusive las estadísticas, no puede expresarse sin la intervención del historiador y por ello puede afirmarse que la actitud política del historiador, su nacionalismo, su posición social, cultural y religiosa influyen decisivamente en su actividad y en sus juicios históricos. También por esa razón, frente a un mismo hecho se alzan invariablemente dos o más “verdades” polarizadas, nacionalistas y contrarias. El carácter de

la verdad histórica es, en suma, expansible. La verdad tendrá que irse integrando a lo largo de la historia porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y dilatación. Así, cada generación busca una respuesta; un saber de sí misma.

El historiógrafo andaluz se dedicó repetidas veces a tratar a fondo también el problema de la subjetividad, íntimamente ligado al concepto de verdad. Quiso demostrar que los hechos no hablan por sí solos; sólo lo hacen cuando el historiador apela a ellos. No es posible, entonces, establecer los hechos y no explicar al mismo tiempo lo que son. Él expresó que querer escribir así la historia, con miras a llegar a la absoluta imparcialidad, verdad y objetividad, bajo exageradas restricciones metodológicas, resultaba en una vana empresa que apartaba al historiador de lo esencial y lo sumía en lo meramente instrumental. “No hay verdades objetivas, cosificadas, de la historia, pues ésta estudia la vida y ella justo por ser vida, no puede ser predecible”.

Las verdades históricas, en suma, no son perfectas, imperecederas e inmodificables pues “la historia está limitada por la conciencia subjetiva de los historiadores, quienes son seres mortales, y por los productos derivados de situaciones históricas siempre cambiantes”. Ortega y Medina abundó sobre estos retos de la historiografía y afirma que “el pretender ser neutral y objetivo lo declara e intenta todo historiador con ribetes positivistas o científicistas; se confía en que los hechos hablan por sí mismos o que las cifras explicitan de suyo la realidad, lo cual no deja de ser un falaz y enorme despropósito”. Asimismo insiste en que ningún hecho existe sin el parcial registro humano. Además, no se puede iniciar la recolección de cifras y datos sin una hipótesis previa que ordene tal recolección. Aunque se cumpla con el rigor del método no puede evitarse el gravamen intencional que todo documento conlleva, que es, a saber, el de su personal subjetividad. Por lo tanto, la validez objetiva de la fuente, así como la conclusión científica obtenida durante el examen analítico serán siempre cuestionables. Parafraseando al propio Ortega, sabido es que toda obra histórica supone siempre una interpretación del pasado desde, o según las tendencias de un presente; empero, si ello es así, con mayor motivo todo comentario crítico sobre una obra histórica no sólo comprende esta relación sino que la combina y amplía con las propias vivencias y circunstancias; todo comentario implica un mensaje expreso o latente; un deseo de transmitir algo a alguien.

Dentro de la enorme gama de posibilidades que tiene el historiador para abordar su objeto de estudio, es decir, al hombre, Ortega y Medina eligió la

historia de las ideas, o dicho de otra forma, puso énfasis en las causas supraestructurales, si seguimos la terminología del materialismo histórico. Observó que un conflicto de ideas es real, material e históricamente una pugna entre intereses concretos y afirma que: “sobre toda infraestructura presionan y ejercen sus fuerzas no sólo los elementos materiales, sino también los imponderables idealistas o superestructurales”. Con su explicación ideológica y, asimismo con el énfasis que coloca en las ideas, Ortega y Medina puso en duda ciertas interpretaciones materialistas de la historia y trató de probar que muchas veces en la historia el desenvolvimiento económico podía verse estorbado o bien acelerado por los factores éticos o morales de una sociedad. Mas también esto operaba de manera contraria pues “toda novedad exige un mínimo de tiempo de titubeo y aceptación [...] los rezagos y repliegues psíquicos e históricos en ocasiones se oponen a la novedad o modernidad”. Para él, la historiografía daba forma al pasado mediante la ordenación y el análisis de los hechos, pero más que nada, mediante el estudio de lo que los hombres de antaño habían pensado o reflexionado sobre su realidad. Él consideraba que, frente a “la seca estilística de la historia científica, desapasionada y aburridamente objetiva”, se debía escribir “una historia bella, literariamente bien escrita, luminosa, filosóficamente formulada y humanamente entendida”.

La esencia del pensamiento de Ortega y Medina no fue completamente original –ninguna lo es del todo– como tampoco lo fue su teoría de la historia, pues como hemos visto sus lineamientos se apoyaron en tradiciones anteriores; mas su gran y original contribución a la historiografía descansa en que el historiador andaluz aportó a la disciplina criterios y bases para indagar sobre el pasado para comprenderlo y asumirlo. Además, la aplicación siempre congruente de los conceptos, así como la puesta en práctica de sus ideas y el constante e ininterrumpido ejercicio de su quehacer histórico dieron como resultado una obra amplia y generosa, fuente de inspiración para muchos discípulos y colegas.

Mucho hemos andado hasta ver finalmente reunida la antología de Juan A. Ortega y Medina, que se compone, en total, de siete densos volúmenes. Queremos agradecer muy puntualmente a todas las personas que con su esfuerzo, entusiasmo y admiración por el Maestro hicieron posible que saliera a la luz



esta publicación. Especialmente, a Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Alfredo Ávila, Ena Lastra, Israel Rodríguez y Estela Roselló. A Diego Celorio Morayta, Rodolfo Gutiérrez Simón, José Luis Mora, Alejandro Salafranca y José Luis Villacañas Berlanga, por ayudarnos a promover la obra de Ortega y Medina en España, su amada patria de origen.

A la directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, Ana Carolina Ibarra, le reconocemos con gratitud su apoyo para que salieran sin más dilación los dos últimos tomos de la serie.